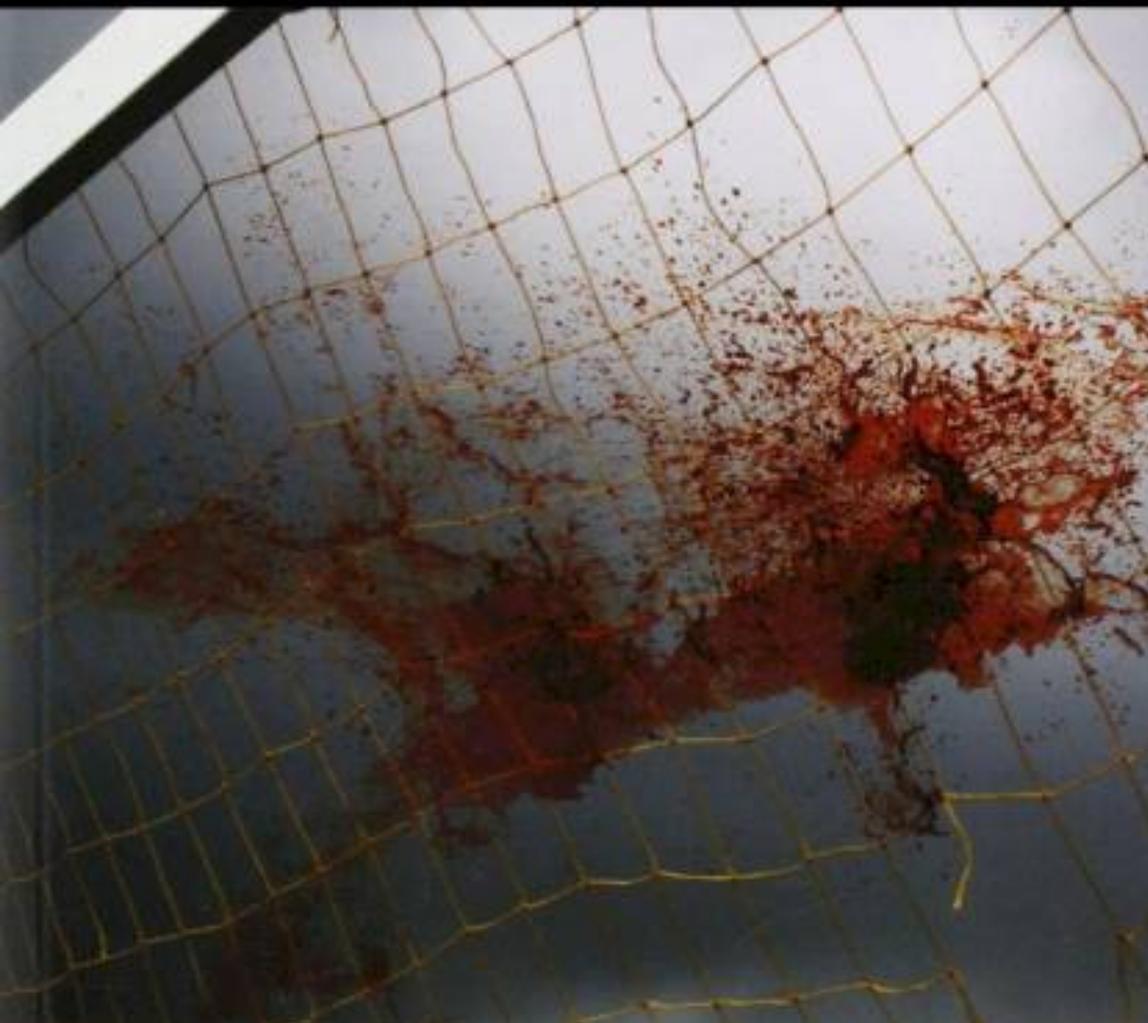


VAL McDERMID

Bajo la mano sangrienta

UN CASO DE TONY HILL Y CAROL JORDAN



Robbie Bishop, centrocampista del Bradfield Vics, ha sido asesinado con una extraña toxina. La noticia causa un enorme impacto, porque el futbolista era una estrella muy querida por los aficionados. El equipo formado por el doctor Tony Hill y la inspectora Carol Jordan empieza a investigar, pero faltan piezas para completar el puzle, no parece haber motivos claros que puedan explicar el crimen.

Y entonces explota una bomba en el estadio del Bradfield Vics que causa una masacre y una segunda persona muere envenenada. Los servicios de inteligencia pretenden apartar a Jordan de la investigación por las dimensiones que ha adquirido el asunto. Pero ella y Hill, superando las tensiones entre ellos, son la única verdadera esperanza para resolver el complejo caso.

¿Se trata de un acto terrorista? ¿De una venganza personal? ¿O de algo mucho más siniestro? La resolución del misterio de esta nueva entrega de las andanzas de los dos investigadores creados por Val McDermid (Serie Tony Hill y Carol Jordan, 5) mantiene al lector en tensión hasta la última página.

ESTA ES PARA LOS MIEMBROS DEL CORTEJO
NUPCIAL,
QUE AYUDARON A CREAR LOS MEJORES RECUERDOS

Bajo la mano sangrienta se adivina
el arte del médico, compasivo, sutil.

Cuatro cuartetos, «East Coker»
T. S. ELIOT

VIERNES

Las fases de la Luna tienen un efecto inexplicable pero incontrovertible en los enfermos mentales. No hay más que preguntárselo a cualquier enfermero de psiquiatría. Para ellos es una verdad universal. Nadie se presenta voluntario para turnos extra cuando hay Luna llena o está a punto de haberla. A menos que se esté absolutamente desesperado, claro. También es una verdad que provoca nerviosismo entre aquellos científicos que estudian la conducta; no es algo que pueda dejarse fuera de una infancia sembrada de abusos o de una incapacidad para relacionarse en sociedad. Es un ritmo externo que no se puede controlar, por mucho que se incremente la dosis del tratamiento. Arrastra las mareas y saca a los trastornados de sus complicadas órbitas.

La dinámica interna del hospital de alta seguridad de Bradfield Moor era tan susceptible a la resaca de la Luna llena como su propio nombre sugiere. Según algunos de los empleados, Bradfield Moor era el lugar donde se amontonaban todos esos locos que son demasiado peligrosos como para andar por ahí libres; para otros era el refugio de las mentes demasiado frágiles como para soportar las brusquedades de la vida; y para el resto era un albergue temporal que ofrecía la esperanza de recuperar una normalidad más o menos flexible. Como cabía esperar, este tercer grupo de personas era mucho menos numeroso que los otros dos y además sufría el profundo desprecio del resto.

Aquella noche la Luna no solo estaba llena, sino que también iba a sufrir un eclipse parcial. Las sombras lechosas de la superficie lunar se metamorfosearon gradualmente del amarillo enfermizo al naranja oscuro mientras la Tierra se interponía entre su satélite y el Sol. La mayoría de quienes observaban el eclipse consideraron que poseía una belleza misteriosa que provocaba un temor reverencial y admiración. Para Lloyd Allen, uno de los pacientes más inestables de Bradfield Moor, resultaba la prueba definitiva para demostrar que el fin de los días estaba cercano y que su cometido en la vida era ofrecer a su Creador tantas almas como le fuera posible. Había sido hospitalizado antes de que lograra derramar tanta sangre como le hubiera sido posible para que las almas que encerraban esos cuerpos ascendieran con mayor facilidad al cielo poco antes del inminente Segundo Advenimiento. Al verse frustrada en un primer momento, esa misión se había hecho aún más imperiosa.

Lloyd Allen no era estúpido y eso hacía la tarea de sus celadores mucho más complicada. Los enfermeros psiquiátricos estaban familiarizados con las argucias más arteras, así que les resultaba relativamente sencillo salirse con la suya. Era mucho más complicado descubrir las maquinaciones de aquellos que, por muy trastornados que estuvieran, eran inteligentes. Allen había ideado hacía poco un método para evitar tomar la medicación. Los enfermeros más experimentados conocían todos los trucos de ese tipo y sabían cómo desbaratarlos, pero los titulados más recientes, como Khalid Khan, todavía carecían de la astucia necesaria.

La noche de la Luna llena, Allen había conseguido evitar tomarse las dos dosis anteriores de lingotazo químico que Khan creía haberle administrado. Para cuando el eclipse empezó a ser visible, la cabeza de Allen se había llenado de un mantra monótono que repetía en voz baja: «Tráemelos, tráemelos, tráemelos». Era como un eco continuo en su cerebro. Desde su habitación veía parte de la Luna, pero el

mar de sangre que había presagiado ocultaba su cara. Era el momento. Sí, era el momento. Agitado, apretaba los puños y sacudía los brazos arriba y abajo cada dos o tres segundos como un boxeador demente que constantemente subiera y bajara la guardia.

Se dio la vuelta y se tambaleó con torpeza hacia la puerta. Tenía que salir para completar su misión. El enfermero llegaría pronto con las medicinas de la noche. Pero Dios le daría la fuerza que necesitaba. Dios lo sacaría de aquella habitación. Dios le enseñaría el camino. Dios le diría qué tenía que hacer. Se los llevaría a todos hasta Él. Era el momento adecuado, con la Luna llena a rebosar de sangre. Empezaban a verse los signos y él tenía una misión que cumplir. Era el elegido. Era la senda de la salvación para los pecadores. Se los llevaría a Dios.

La lámpara iluminaba una pequeña parte de la superficie de un escritorio institucional de baja calidad. Se veía un expediente abierto y una mano que sujetaba un bolígrafo y descansaba a un lado de la página. De fondo, la voz de Moby ansiaba de manera quejumbrosa la compañía de las arañas. El disco compacto había sido un regalo, algo que el doctor Tony Hill nunca habría elegido para sí pero que, de alguna forma, se había convertido en parte imprescindible del ritual que seguía cuando se quedaba a trabajar una vez finalizada su jornada.

Fue a frotarse sus cansados ojos, pero había olvidado que llevaba puestas las nuevas gafas de leer.

—¡Ay! —gritó cuando las pequeñas piezas de las gafas se le clavaron en la nariz.

El dedo meñique se enganchó con el borde de las gafas sin montura y estas salieron disparadas dando vueltas y cayeron sobre el expediente que estaba estudiando. Se hacía a la idea de la mirada de diversión indulgente que aquello habría provocado en la inspectora jefe Carol Jordan, la per-

sona que le había regalado el disco de Moby. Hacía tiempo que la torpeza a la que le abocaba su distracción se había convertido en objeto de mofa entre ambos.

Si había algo por lo que no podría pincharle o burlarse de él era por seguir en su mesa a las ocho y media un viernes por la noche. En lo que se refería a las reticencias a dejar la oficina hasta que no habían acabado con todo lo que tenían entre manos, la mujer era, al menos, igual que él. Si hubiera estado allí con él habría entendido por qué seguía en el trabajo, repasando el informe que tantos dolores de cabeza le había costado preparar para la Comisión de Libertad Condicional. Un informe que habían decidido ignorar sin más ni más cuando liberaron a Bernard Sharples para dejarlo en manos de los servicios de libertad condicional. Su abogado les había convencido de que ya no era un peligro público. Un prisionero modélico que había cooperado en todo lo que le habían pedido las autoridades. La viva imagen del arrepentimiento.

«Aunque, claro, es cierto que Sharples había sido un prisionero modélico», pensó Tony con amargura. Era sencillo portarse bien cuando tus objetos de deseo estaban tan lejos de tu alcance que hasta las fantasías más obsesivas tendrían que esforzarse al máximo para conjurar algo que remotamente se pareciera a una tentación. Sharples reincidiría, estaba seguro. Y en parte sería culpa suya por haber sido incapaz de presentar el caso con la fuerza suficiente.

Recuperó las gafas y subrayó un par de párrafos. Podría..., debería haber expuesto el caso con mayor firmeza, sin dejar grietas por las que la defensa pudiera colarse. Tendría que haber expuesto como si fueran hechos lo que sabía que no eran más que conjeturas basadas en años de trabajo con criminales que reincidían una y otra vez, y en la sensación que se le ponía en las tripas cuando leía entre líneas las entrevistas con Sharples. Pero en el mundo en blanco y negro de la Comisión de Libertad Condicional no había lugar para una escala de grises. Por lo visto, Tony aún

tenía que aprender que la honestidad casi nunca era la mejor política a la hora de tratar con el sistema de justicia criminal.

Cogió un bloc de notas adhesivas, pero antes de que le diera tiempo a escribir algo le llegó un ruido procedente del exterior de la oficina. Normalmente no le molestaban los muchos ruidos que componían la banda sonora de la vida en Bradfield Moor; resultaba sorprendente lo efectiva que era la insonorización. Además, lo más angustiante sucedía por lo general lejos de las oficinas en las que trabajaba el personal titulado y con estatus.

Más ruido. Parecía un partido de fútbol o disturbios producidos por una secta. Desde luego, era más de lo que la razón le permitía ignorar. Suspiró, se puso de pie y dejó las gafas en el escritorio mientras se encaminaba hacia la puerta. Cualquier cosa sería mejor que lo que tenía entre manos.

No había mucha gente que considerase que trabajar en Bradfield Moor fuese un sueño hecho realidad, pero para Jerzy Golabeck representaba más de lo que había imaginado cuando crecía en Płock —donde no había sucedido gran cosa desde que los reyes polacos salieran por piernas en 1138—. Allí, solo se podía aspirar a trabajar en las refinerías petroquímicas, donde los sueldos eran paupérrimos y las enfermedades laborales una forma de vida. El estrecho horizonte de Jerzy se ensanchó a ojos vista cuando Polonia accedió a la Unión Europea. Había sido de los primeros en embarcarse en Cracovia en uno de esos vuelos baratos con dirección al aeropuerto de Leeds-Bradford con la esperanza de empezar una nueva vida. Para él, el salario mínimo se aproximaba a la fortuna de un rey. Y trabajar con los internos de Bradfield Moor no era muy diferente de tratar con un abuelo senil que pensaba que Lech Walesa seguía siendo el hombre en quien había que confiar.

Así que Jerzy había podido cambiar su realidad y alcanzar tal nivel de experiencia tratando a dementes que ya apenas recordaba su pasado en la cadena de montaje de la fábrica de envasado de pepinillos. Hasta el momento, todo eso no había sido un problema. Los enfermeros y celadores estaban más preocupados con la contención que con el tratamiento. Administraban medicinas y arreglaban desaguisados. Todo intento de cura o mitigación se les dejaba a los médicos, psiquiatras, terapeutas de varios campos y psicólogos clínicos. Daba la impresión de que nadie esperaba gran cosa de Jerzy excepto que llegara puntual al trabajo y que no se escaqueara de las desagradables situaciones físicas que se producían en cada turno. Y tanto lo uno como lo otro le resultaba muy sencillo.

En ese tiempo había desarrollado un gran ojo clínico para prever lo que iba a suceder a su alrededor. Nadie estaba más sorprendido que él mismo por aquella circunstancia, pero resultaba innegable que Jerzy sabía por instinto cuándo los pacientes habían perdido ese equilibrio que hacía posible la vida en Bradfield Moor. Era uno de los pocos trabajadores del hospital que habría notado si le pasaba algo raro a Lloyd Allen. El problema era que se sentía tan confiado que pensaba que podía encargarse de ello él solo. No era el primer joven de veinticuatro años que se enorgullecía exageradamente de sus capacidades. Pero sí uno de los pocos que morirían por ello.

En cuanto entró en la habitación de Lloyd Allen, el vello de los brazos se le erizó. Allen estaba en medio del estrecho cubículo con sus grandes hombros en tensión. El movimiento rápido de sus ojos indicó a Jerzy que o bien la medicación repentinamente había dejado de tener su efecto, o bien el enfermo había conseguido evitar tomársela. En cualquier caso, daba la impresión de que a Allen solo le interesaba escuchar las voces de su cabeza.

—Es la hora de la medicación, Lloyd —dijo Jerzy como si no se hubiera dado cuenta de lo que sucedía.

—No puedo. —La voz de Allen sonó como un gruñido cansado. Se puso ligeramente de puntillas mientras se frotaba las manos como si se las estuviera lavando. Los músculos de sus antebrazos danzaban y se retorcían.

—Sabes que lo necesitas.

Allen negó con la cabeza.

Jerzy imitó el movimiento.

—Si no te tomas las medicinas tendré que dar parte. Y eso será peor, Lloyd. No es eso lo que queremos, ¿verdad?

Allen se lanzó contra Jerzy y le golpeó en el pecho con el codo derecho, lo que le dejó sin aire. El enfermero se dobló sobre sí mismo, incapaz de respirar, y Allen lo tiró al suelo camino de la puerta. Una vez en el umbral, se detuvo de forma abrupta y dio media vuelta. Jerzy intentó parecer pequeño e inofensivo pero, aun así, el enfermo avanzó hacia él. Le pegó una patada en el estómago que le vació los pulmones y le provocó una mareante explosión de dolor. Mientras Jerzy se agarraba las tripas con fuerza, Allen se agachó con calma y le arrancó la tarjeta de acceso que llevaba sujeta a la cintura con un clip.

—Tengo que llevárselos a Dios —gruñó mientras se dirigía de nuevo a la puerta.

Jerzy no pudo evitar los gemidos que acompañaron a las terribles convulsiones que le produjo la lucha de su cuerpo por conseguir oxígeno. Pero el cerebro todavía le funcionaba como era debido. Sabía que tenía que llegar al botón de alarma del vestíbulo. Armado con la llave de Jerzy, Allen podría deambular casi por cualquier lugar del hospital. Podría abrir las habitaciones de otros internos. No tardaría mucho en liberar a suficientes compañeros como para superar en número al personal del turno de noche.

Tosiendo y atragantándose, con hilos de baba corriéndole por la barbilla, Jerzy se obligó a ponerse de rodillas y se acercó a la cama. Se apoyó en ella con fuerza y consiguió levantarse. Salió al pasillo tambaleándose con las manos en el estómago. Pudo ver cómo Allen insistía una y otra

vez para que el lector que había junto a la puerta de acceso a la zona principal del edificio leyera la tarjeta. Había que deslizarla a la velocidad adecuada. Jerzy lo sabía pero Allen, por suerte, no. Allen golpeó el lector y volvió a intentarlo. Balanceándose, Jerzy intentó cubrir la distancia que le separaba del botón de alarma tan en silencio como le fue posible.

Pero no fue suficientemente silencioso. Algo alertó a Allen, que se dio la vuelta.

—Tengo que llevárselos a Dios —rugió mientras cargaba contra el enfermero.

El peso del demente fue suficiente para que Jerzy, muy debilitado, diese de nuevo con los huesos en el suelo. Se cubrió la cabeza con las manos. No sirvió de mucho. Lo último que sintió fue una presión terrible detrás de los ojos cuando Allen le pateó la cabeza con todas sus fuerzas.

Al abrir la puerta, Tony notó un aumento súbito del volumen. Gritos y lamentos subían amplificados por la escalera como si se tratara de un embudo. Lo más aterrador de todo es que nadie había dado la alarma. Aquello hacía pensar que todo era tan repentino y violento que nadie había tenido la oportunidad de seguir el procedimiento con el que, supuestamente, se les machacaba desde el primer día de formación. Estaban demasiado ocupados intentando contener lo que fuera que estaba sucediendo.

El psicólogo se apresuró hacia la escalera por el corredor y pulsó el botón de alarma de camino. Al instante empezó a sonar un bocinazo muy fuerte. «Por Dios, si ya estás loco, ¿qué no te provocará este ruido?», pensó. Llegó a la escalera a la carrera, pero se detuvo para comprobar lo que se veía desde arriba.

«Nada» era la respuesta corta. Parecía que los gritos provinieran del pasillo de la derecha, pero le llegaban distorsionados por la acústica y la distancia. De repente se oyó

un tintineo seguido del sonido de cristales rotos. Después se abrió una impactante brecha de silencio.

—Oh, joder —dijo alguien claramente con evidente repugnancia en sus palabras.

Después, el griterío comenzó de nuevo. La nota de pánico era inconfundible. Un chillido. Luego, el sonido de una pelea. Tony había empezado a bajar la escalera sin pensarlo dos veces con intención de descubrir lo que estaba sucediendo.

Cuando llegó al último tramo de escaleras vio que alguien avanzaba por el pasillo alejándose de donde venían los ruidos. Dos enfermeros se retiraban en dirección a él sujetando a un hombre. A juzgar por el color verde pálido que se adivinaba en las pocas zonas de la bata del hombre que no estaban cubiertas de sangre, se trataba de un celador. Mientras se retiraban tan rápido como podían, dejaban tras de sí un rastro escarlata.

«Una carnicería», pensó Tony al tiempo que una figura corpulenta emergía por el pasillo haciendo oscilar un hacha de incendios frente a sí como si se tratara de una guadaña y él mismo fuera la mismísima Parca. Tanto sus pantalones como el polo que llevaba estaban llenos de salpicaduras de sangre y, cada vez que el hombre balanceaba el arma, una fina lluvia del líquido viscoso brotaba de su filo. El tipo corpulento había fijado la vista en su presa y avanzaba sin pausa hacia el celador y los enfermeros mientras los tres se retiraban.

—Tengo que llevárselos a Dios. No hay donde esconderse —repetía en voz baja y de forma monótona—. Tengo que llevárselos a Dios. No hay donde esconderse.

Estaba ganando terreno. Un par de zancadas más y el filo del hacha se encontraría de nuevo con carne en uno de sus balanceos.

Aunque el hombre que blandía el arma no era su paciente, Tony sabía de quién se trataba. Se había obligado a familiarizarse con los archivos de todos los internos que se

consideraban violentos; en parte porque le interesaban, pero también porque lo consideraba una especie de póliza de seguros. Y parecía que esa noche iba a perder la prima de no reclamación del seguro.

Tony se detuvo cuando aún faltaban unos pocos escalones para llegar al final de la escalera.

—Lloyd —le llamó con suavidad.

Allen no se paró. Volvió a hacer oscilar el hacha siguiendo el ritmo de su mantra.

—Tengo que llevárselos a Dios. No hay donde esconderse. —Y lanzó un hachazo que pasó a pocos centímetros de los enfermeros.

Tony tomó aire profundamente y se cuadró.

—Esta no es la manera de llevárselos —dijo en alto y con toda la autoridad de la que fue capaz—. Esto no es lo que Él quiere que hagas. Le has entendido mal.

Allen se detuvo y volvió la cabeza hacia Tony. Frunció el ceño, desconcertado como un perro atormentado por una avispa.

—Es el momento —ladró.

—En eso tienes razón. —Bajó un escalón—. Pero lo estás haciendo mal. Venga, suelta el hacha y vamos a encontrar una manera mejor de hacerlo.

Intentó permanecer serio y no revelar el miedo que le encogía el estómago. ¡¿Dónde coño estaba el equipo de apoyo?! No se hacía ilusiones acerca de lo que podía conseguir. Quizá lograra contener a Allen el tiempo suficiente para que los enfermeros y el celador herido se pusieran a salvo. Pero por bueno que fuera con los trastornados y los dementes, sabía que no era tan bueno como para conseguir que Lloyd Allen recuperara algo parecido al equilibrio. Dudaba incluso que fuera capaz de lograr que soltara el arma. Pero tenía que intentarlo, eso lo sabía. Pero ¡¿dónde coño estaba la caballería?!

Allen dejó de balancear el hacha y se la echó al hombro como un bateador que se está preparando para golpear la

pelota.

—Es el momento —insistió—. Y tú no eres Él. —Y empezó a avanzar a toda velocidad para cubrir el espacio que los separaba.

Era tan rápido que lo único que Tony llegó a ver fue un tajo rojo y un destello de metal pulido. Luego, una explosión de dolor en mitad de la pierna y cayó al suelo como un árbol talado, demasiado sorprendido como para gritar siquiera. Una bombilla estalló en su cabeza. Después, la oscuridad.